

# Miseria y misericordia: dos contemplaciones basadas en el amor

Angela Tagliafico<sup>1</sup>

Doctora en Teología espiritual, Ateneo Pontificio Regina Apostolorum.

## Introducción

**E**l fundador de la Compañía de Jesús, san Ignacio de Loyola (1491-1556), escribió, bajo el influjo del Espíritu Santo y después de haber tenido una profunda experiencia espiritual de Dios, un pequeño texto llamado *Ejercicios espirituales*, en el que describe un itinerario espiritual, el suyo, que un papa, Paulo III, a través de un breve pontificio, *Pastoralis officii*, aprueba «en todas y en cada una de las cosas contenidas», en 1548, unos años después de la redacción definitiva del opúsculo.

Este trabajo se propone analizar el tema de la miseria del ser humano, creado a imagen y semejanza de Dios, pero que también se encuentra en una condición de fragilidad y limitación creatural, y de la misericordia de Dios, amor infinito del Creador y Redentor, a través de dos contemplaciones presentes en el ya mencionado texto de los *Ejercicios espirituales* de Ignacio de Loyola, basadas principalmente en dos temas: la contemplación del misterio de la Encarnación de Jesús, y la contemplación para alcanzar amor. Serán precedidas por una reflexión sobre la frase inicial de la consideración denominada Principio y fundamento, colocada al inicio del texto de los *Ejercicios*.

El libro de los *Ejercicios espirituales* parte de la experiencia espiritual de quien lo escribe, Ignacio de Loyola, de modo que especificamos de inmediato que estamos hablando de una experiencia espiritual de Dios, que es tal porque comienza desde Él que se comunica a sí mismo, pero supone receptividad del ser humano en su totalidad de: inteligencia, memoria, voluntad y corporeidad, y se basa en la acción del Espíritu Santo que se comunica a toda la persona con Sus dones.

En la experiencia espiritual cristiana de Dios encontramos uno de los momentos más íntimos de encuentro entre Dios que se comunica a sí mismo y el ser humano que entra en comunión con Él, podemos decir, entre

---

<sup>1</sup> El texto, originalmente escrito en italiano, ha sido traducido por la redacción de *Ecclesia*.

la misericordia infinita y la miserable limitación creatural. Tal experiencia, precisamente porque es así, solo puede explicarse de manera imperfecta, ya que, como afirmaba acertadamente san Bernardo «solo aquellos que han experimentado pueden darse cuenta de ella»<sup>2</sup>. Además, es siempre algo personal y tiene como paradigma a Jesús, el Hijo de Dios, que vive en intimidad con el Padre.

El método que he seguido para elaborar este artículo es, simultáneamente, deductivo o basado en el razonamiento deducido de los principios de la Revelación, e inductivo, es decir, proveniente de la experiencia espiritual personal y eclesial de Ignacio de Loyola. Por lo tanto, he seleccionado las fuentes tomándolas del folleto de los *Ejercicios espirituales* del autor antes mencionado y de algunos estudios sobre el texto.

## **1. El hombre es criado para alabar, hacer reverencia y servir a Dios nuestro Señor**

Los cristianos creemos que todo tiempo es un tiempo de salvación: desde el comienzo de la humanidad hasta que Cristo regrese en su venida final. Y en este tiempo reconocemos que somos creaturas que ya somos hijos de Dios, puesto que el Espíritu Santo nos ha sido dado en virtud del cual clamamos «Abba, Padre» (Rm 8,15), pero aún no, ya que el fruto de la redención no se nos ha aplicado completamente, como escribe Pablo: «poseemos las primicias del Espíritu, pero gemimos internamente esperando la plena adopción como hijos, la redención de nuestro cuerpo» (Rm 8,23). De esta tensión, “ya y todavía no”, surge la experiencia de Dios y el dinamismo de nuestra vida cristiana que se identifica con nuestro camino espiritual<sup>3</sup>.

Ignacio hace iniciar este itinerario, que connota el dinamismo de la vida cristiana y conduce a la experiencia espiritual personal de Dios, con una consideración, que coloca al comienzo del folleto de los *Ejercicios espirituales* y que llama Principio y fundamento. Ahora considero la primera frase de la primera parte, que transcribo: «El hombre es criado para alabar, hacer reverencia y servir a Dios nuestro Señor, y mediante esto salvar su ánima»<sup>4</sup>.

El tema de esta primera oración del Principio y fundamento ignaciano es el ser humano concreto, somos nosotros, e Ignacio nos pone ante la pre-

<sup>2</sup> BERNARDO DI CHIARAVALLE, *Lettera ai monaci della Certosa e al priore Guigone*, in *Opere II*, Città Nuova, Roma 1990, 645-646.

<sup>3</sup> Cf. J. STIERLI, *Ignazio di Loyola. Alla ricerca della volontà di Dio*, Piemme, Casale Monferrato 1991, 77-79.

<sup>4</sup> IGNACIO DE LOYOLA, *Ejercicios espirituales*, n. 23.

gunta sobre nuestro fin: ¿para qué hemos sido creados? ¿Cuál es el sentido de nuestra vida creatural? La respuesta es que estamos hechos para Dios y que todo debe llevarnos a alcanzarlo. Ello se debe a que nuestro deseo más profundo, inscrito en las profundidades de nuestro ser, apela a Dios y, por lo tanto, solo puede satisfacerse con una opción única y radical por Él. Ignacio se hace eco en esto de san Agustín: «Nos has hecho para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en ti»<sup>5</sup>.

Al crear el universo, Dios lo inundó con su alegre misericordia, y la creatura humana es arrastrada dentro de una corriente que la eleva hacia el Creador en un movimiento de retorno, y por esta razón con gusto condes-ciende a alabar, reverenciar y servir a Dios Nuestro Señor. Este Dios nuestro Señor del texto, nos evoca a Aquel de quien san Pablo dice que «todo es creado por medio de Él y para Él» (Col 1,16). De esta manera, la creatura humana es creada para ser toda de Jesús glorioso, del *Kyrios* anunciado por la *Carta a los Filipenses* (2,6-11). Encontramos el sentido de nuestra vida en la relación con Jesús el Señor; en nuestro mismo ser estamos polarizados por el Cristo pascual<sup>6</sup>.

Nuestra llamada, por tanto, consiste en insertarnos en el dinamismo de la historia de la salvación, centrada en la recapitulación en Cristo de todas las cosas y, en ese sentido, adquieren sentido los tres verbos que emplea Ignacio para explicar nuestra orientación hacia Dios y que él escribe como algo unitario: alabar, reverenciar y servir.

En el alabar y reverenciar, parece prevalecer el significado de una actitud espiritual interior, pero si lo pensamos mejor, no alabamos ni reverenciamos solo con actos internos, sino con todas las manifestaciones de nuestra vida. Servir indudablemente incluye el cumplimiento práctico de la voluntad de Dios y de todo lo que se incluye en la misión particular de cada uno de nosotros. Pero no existe un servicio auténtico y, por lo tanto, agradable a Dios, que no provenga de actitudes interiores auténticas. Por lo tanto, los tres verbos se interpelan y se complementan entre sí y se resumen en el amor, un término que, si bien no aparece en la formulación, constituye la sustancia cementante del todo<sup>7</sup>.

Cuanto más la alabanza y la reverencia nazcan del corazón del corazón de la creatura, tanto más abarcan y expresan el amor, y el servicio es indudablemente de amor, enraizado en la figura del Jesús Siervo del Señor por

<sup>5</sup> SAN AGUSTÍN, *Confesiones* 1,1, BAC, Madrid 1988<sup>2</sup>, 23.

<sup>6</sup> Cf. J. STIERLI, *Ignazio di Loyola...*, 98.

<sup>7</sup> Cf. S. RENDINA, *L'itinerario degli Esercizi spirituali*, Edizioni Adp, Roma 1999, 28-29.

excelencia, y fundado en este modelo: el servicio que Jesús nuestro Redentor realizó, por amor al Padre y a nosotros.

El amor, por tanto, si bien no aparece en la formulación del fin, es en cualquier caso su alma, porque la alabanza debe ser ofrecida en la intensidad del amor; reverenciar significa ser creativos en el amor, y servir no es más que amar con los hechos y, concretamente, hacer propio el plan del Dios Uno y Trino, colaborando para llevarlo a cabo. Estamos explicando lo que se denomina la «mística del servicio prestado por amor y también servicio amoroso, magnánimo y humilde»<sup>8</sup>.

Por tanto, el ser humano es creado por Dios y es llamado a perseguir en esta tierra el fin cercano de la alabanza, la reverencia y el servicio de Dios, sin olvidar su fin último, escatológico, que Ignacio describe siguiendo la terminología de su tiempo, como «salvar el alma». Hoy usamos el lenguaje más concreto y completo de “nuestra salvación integral”, es decir, de todo el hombre, alma y cuerpo. El sentido es alcanzar la realización plena y definitiva, es decir, perpetuar con Cristo y en el Espíritu Santo, la alabanza, la reverencia y el servicio a la Misericordia infinita.

De este modo, Ignacio ha colocado el principio de la vida espiritual cristiana, que consiste en la respuesta que la creatura humana está llamada a dar a Dios. De inmediato emerge que necesitamos fortaleza interior, un corazón bien dispuesto y una profunda humildad ante el Señor y ante la inmensidad de Su plan divino para cada uno de nosotros, un plan que nos atestigua la elección divina a nuestro favor, pero también la trascendencia del misterio del Dios Uno y Trino.

## **2. La contemplación del misterio de la vida de Cristo en la Encarnación**

El pecado subvierte, pervierte y anula el plan salvífico de Dios, corta la relación de la creatura humana con su Creador, haciéndola miserable, y más aún porque, mientras no adquiera un profundo conocimiento de Dios, ni siquiera podría alcanzar el adecuado sentido del pecado. No es por nada que la tradición espiritual cristiana, desde siempre, invita a los seres humanos a pedir el verdadero significado del pecado como una auténtica gracia. Y cuando la obtenemos, entramos en un nuevo sentir espiritual que nos lleva a adherirnos a Cristo Salvador al hacernos experimentar la misericordia de Dios, y lo que nosotros mismos somos, ya no solo miserables, sino pecadores salvados y muy amados.

<sup>8</sup> Cf. J. DE GUIBERT, *La spiritualità della Compagnia di Gesù*, Città Nuova, Roma 1992, 26-29.

Para ayudarnos a caminar espiritualmente en esa dirección, Ignacio propone al comienzo de la segunda fase de sus Ejercicios espirituales, como primera contemplación, la de la Encarnación del Hijo de Dios<sup>9</sup>. Esta contemplación es presentada por Ignacio de la siguiente manera: «se determina en la su eternidad que la segunda persona se haga hombre, para salvar el género humano, y así venida la plenitud de los tiempos, embiando [sic] al ángel San Gabriel a Nuestra Señora»<sup>10</sup>.

Sobre esto, es necesario entender lo que Ignacio de Loyola quiere decir cuando habla de los misterios de la vida de Cristo, de los cuales la Encarnación es el primero, y lo que quiere decir con el término de contemplación.

La expresión misterios de la vida de Cristo no alude simplemente a verdades doctrinales superiores a nuestro conocimiento humano, sino a eventos que al mismo tiempo significan y ocultan la realidad de la gracia de Dios. El misterio así entendido es un signo-sacramento de la salvación, y el aspecto histórico sensible oculta y revela una eficacia salvadora<sup>11</sup>.

El primer lugar pertenece al misterio en singular, es decir, a la persona y al evento histórico de Cristo, que Pablo llama «misterio oculto durante siglos en Dios» (Col 1,26) y revelado en Cristo en la plenitud de los tiempos (Ef 1,9-10). Luego vienen los otros misterios, que son los diferentes eventos de la vida de Jesús: explicaciones particulares y manifestaciones del misterio que se sintetiza y realizada en la Encarnación y en la Pascua.

Cronológicamente son eventos del pasado y, sin embargo, debido al hecho de que Cristo resucitado se sienta a la derecha del Padre, tienen una dimensión salvífica siempre presente. Ignacio los propone en los Ejercicios espirituales porque quiere privilegiar el contacto teológico-sobrenatural con Cristo, para que los misterios de su vida provoquen en nosotros el misterio del Cristo total. En la fe y bajo la acción del Espíritu Santo, la vida de Cristo toma forma en las circunstancias hodiernas del cristiano de acuerdo con el plan divino de santificación, hacia la realización del augurio paulino: «tened en vosotros los mismos sentimientos que estaban en Cristo Jesús» (Flp 2,5).

En cambio, por contemplación, Ignacio de Loyola entiende una oración que se expresa en una actividad más simple de la mente que la meditación, que indica una forma más bien discursiva de actuar de la mente, mientras que la contemplación expresa una actividad predominantemente intuitiva. Por eso, para Ignacio la contemplación implica un conocimiento, no intelc-

<sup>9</sup> Cf. IGNACIO DE LOYOLA, *Ejercicios espirituales*, 101-109.

<sup>10</sup> IGNACIO DE LOYOLA, *Ejercicios espirituales*, 102.

<sup>11</sup> Cf. S. RENDINA, *Litinerario...*, 38.

tual, sino de encuentro con la Presencia del Señor en el misterio rezado, que es más íntima e interior<sup>12</sup>.

Podemos aclarar con su padre Ruiz Jurado: «El contacto con Cristo en las contemplaciones no es solo un contacto psicológico que se puede tener con cualquier otra persona en la historia. Sino que es un contacto teológico, porque los misterios de su vida actualizan en nosotros el misterio de Cristo total»<sup>13</sup>.

Al contemplar el misterio de la vida de Cristo de la Encarnación, Ignacio plantea una petición de gracia: «conocimiento interno del Señor, que por mí se ha hecho hombre, para que más le ame y le siga»<sup>14</sup>. Se trata de conocimiento bíblico, es decir, que implica una intimidad profunda y en todos los niveles, y que tiene como punto culminante, el amor de la creatura por su Señor, lo que conduce a una unión cada vez más plena con Él. El pasaje es desde el conocimiento interno de mí mismo al conocimiento interno del Señor<sup>15</sup>.

Por tanto, Ignazio con esta petición pide poder obtener:

- conocimiento íntimo de Jesús, o conocimiento experiencial de su Persona y su mensaje, que no es algo tanto del intelecto cuanto sobre todo del corazón, y que conduce a esa sabiduría de la cruz que es una locura para el mundo (1 Cor 1,20-31);
- conocimiento en función del amor, «porque lo amas»; el amor transforma gradualmente al amante en el amado;
- conocimiento y amor de Cristo que resumen la conversión cristiana de la mentalidad y del corazón, que, cuando es auténtica, también se traduce en conversión de las actitudes y de los comportamientos, y que se manifiesta en el seguimiento y la imitación, términos que son equivalentes en el lenguaje ignaciano<sup>16</sup>. Seguir a Jesús solo puede significar para el discípulo una adhesión teológica interior y una imitación cada vez mayor de Él.

En la petición de gracia ignaciana aparece el así llamado *magis* («más le ame y le siga»), ya que el amor y el seguimiento de Cristo proponen un camino continuo y progresivo: nunca llegará el momento de decir basta o

<sup>12</sup> Cf. A. BROU, *S. Ignazio maestro di orazione*, La Civiltà Cattolica, Roma 1953, 45-47.

<sup>13</sup> M. RUIZ JURADO, *Linee teologiche strutturali degli Esercizi*, Pontificia Università Gregoriana, Roma 1978, 22-23 (traducción de Ecclesia).

<sup>14</sup> IGNACIO DE LOYOLA, *Ejercicios espirituales*, 104.

<sup>15</sup> M. RUIZ JURADO, *Linee teologiche...*, 67.

<sup>16</sup> Cf. IGNACIO DE LOYOLA, *Ejercicios espirituales*, 104 y 109.

de considerarse a uno mismo como quien «ha llegado a la meta» en la vida espiritual.

Conocimiento, seguimiento, imitación y siempre mayor amor por Cristo significan, para Ignacio, buscar continuamente la conformación a sus sentimientos, actitudes y comportamientos, de modo que la atención del discípulo y su deseo serán atraídos unas veces por la humildad de Jesús, otras por su pobreza, otras por su obediencia y, por último, otras por su castidad; todo ello a partir de la contemplación de la Encarnación del Hijo de Dios, que en germen ya las abarca a todas<sup>17</sup>.

El seguimiento de Cristo implica para Ignacio una observación amorosa, con el fin de actuar como lo hace el modelo; por lo tanto, el propósito del seguimiento es la transformación para la realización del proyecto de Jesús: «para que todos sean uno. Como Tú, Padre, estás en mí y yo en ti, para que también ellos pueden ser una sola cosa en nosotros» (Jn 17,20). En definitiva, llegar a ser uno en todo, en pensamientos y deseos, en afectos e ideales.

Podemos decir que Ignacio reformula el fin del ser humano que acabamos de analizar en la frase inicial del Principio y fundamento, centrándolo en Jesús: alabar es conocer y reconocer; reverenciar es amar filialmente; servir es ponerse a disposición concretamente; por lo tanto, ser y hacerlo todo en comunión con Jesús<sup>18</sup>.

Así es como las contemplaciones ignacianas en general, y la de la Encarnación en particular, presuponen la instancia de la adaptación o personalización de los misterios de la vida de Cristo, que inducen a «reflexionar para sacar algún provecho»<sup>19</sup>. Este término indica, en Ignacio, exponerse completamente al misterio contemplado, convirtiéndose en su reflejo, por lo tanto, llegando a ser aptos para ser transformado por el mismo, en virtud de la presencia recíproca y plena: de Cristo y de nosotros.

A través de una reflexión entendida de esta forma, la persona logra madurar en sí las disposiciones necesarias que la llevarán a hacer el camino espiritual, orientándolo cada vez más en la dirección de seguir e imitar al Señor Jesucristo.

La contemplación del misterio de la vida de Cristo de la Encarnación debe conducir primero a considerar quién es Jesús, luego al significado de su encarnarse. Para lograr esto, es necesario recordar que el propósito de la contemplación es únicamente nutrir la creciente familiaridad e intimidad

<sup>17</sup> Cf. G. BETTAN, *Attirerò tutti a me*, Adp, Roma 1991, 22-23.

<sup>18</sup> Cf. M. RUIZ JURADO, *Linee teologiche...*, 44.

<sup>19</sup> IGNACIO DE LOYOLA, *Ejercicios espirituales*, 106-108.

con Cristo, acostumbrándose a contemplarlo como Dios y como hombre, y evitando los reduccionismos tanto del hombre ideal como del espiritualismo cristológico.

De esta manera obtendremos el fruto de esta contemplación, que consiste en hacernos visible al Verbo Encarnado, encontrarnos con Dios y sentir a Aquel que en todos los aspectos es mi Señor, la base y el principio de la verdadera sabiduría y el auténtico camino espiritual y discipulado humano. A través de la humanidad del Hijo encarnado, entreveo el camino hacia un Amor que se manifestará cada vez más como amor a Dios, siempre en la mediación de Cristo<sup>20</sup>.

Arraigados en la conciencia de haber sido inmensamente amados desde siempre por Dios, a pesar de nuestra creaturalidad, y llamado a desarrollar continuamente en nosotros y completar los estados y misterios de Jesús a partir de nuestra participación de todos los demás misterios a contemplar, como una extensión y continuación en nosotros del misterio de Su Encarnación.

### 3. La contemplación para alcanzar amor

Ignacio concibe el itinerario espiritual cristiano como un seguimiento-imitación de Jesús, en una consolidación progresiva en el ser humano de la actitud contemplativa de la existencia y la experiencia personal combinada con la acción diaria, llamadas a crecer en la plenitud del amor, partiendo desde el amor recibido de Dios, que es fundante y debe ser reconocido y aceptado, para alcanzar lo que estamos llamados a dar, o mejor devolver, a toda la creación y a cada creatura individual.

Para ayudarnos a continuar nuestro camino espiritual y conducirlo cada vez más hacia su plenitud, Ignacio propone, después de haber contemplado los misterios de la vida de Cristo hasta la resurrección, en la cuarta fase de sus ejercicios espirituales, la contemplación para alcanzar amor<sup>21</sup>, que algunos comentadores de los Ejercicios definen como una síntesis de la historia de amor de Dios hacia su creatura, especialmente en sus cuatro puntos centrales que ahora analizaremos, reafirmando siempre el significado que tiene el término contemplación dentro de la espiritualidad ignaciana<sup>22</sup>.

En el primer punto, Ignacio pide «traer a la memoria los beneficios recibidos de creación, redención y dones particulares, ponderando con mu-

<sup>20</sup> G. BETTAN, *Attirerò tutti a me*, 78-79.

<sup>21</sup> Cf. IGNACIO DE LOYOLA, *Ejercicios espirituales*, 230-237.

<sup>22</sup> G.C. FEDERICI, *Cammino ignaziano*, Editrice Messaggero, Padova 2000, 57.



cho afecto cuánto ha hecho Dios nuestro Señor por mí»<sup>23</sup>. Estos dones son signos elocuentes y concretos del amor de Dios y de su Verbo encarnado Jesucristo, para mí y para sus creaturas. Una vez que estos regalos han sido reconocidos, ¿cómo puedo corresponderle? Al carecer estrictamente de bienes propios, dado que soy una mera creatura humana, solo puedo devolver al Señor lo que he recibido, de acuerdo con la sugerencia de la famosa oferta resumida en la frase «Tomad, Señor, y recibid toda mi libertad, mi memoria, mi entendimiento y toda mi voluntad»<sup>24</sup>. Este intercambio de dones nos abre a una relación cada vez más profunda de amor con Dios y a una intimidad cada vez mayor entre la creatura y el Creador.

Si no recibimos ninguna gracia o no tan grande de Aquel que en sí mismo es inmensamente generoso, es porque: o interponemos la nube de nuestra miseria a los rayos de la bondad divina, o porque nos convertimos en realidades terrenales, o porque nos disponemos a obtener los dones divinos con poca diligencia y con la mente en otra parte<sup>25</sup>.

Para obtener los dones divinos, según Ignacio, es necesario, entre otras cosas, tener grandes deseos, recta intención de agradecer a Dios, y voluntad de adoptar los medios dispuestos por Él y de cooperar como sea conveniente, poniendo todos nuestros esfuerzos y haciendo todo cuanto depende de nosotros.

En el segundo punto, Ignacio nos ayuda a reflexionar sobre el hecho de que todos y cada uno de sus dones Dios los hace presenciar, ya que él vive en las creaturas que pone a disposición del ser humano y en mí mismo<sup>26</sup>, de los que soy el beneficiado. La contemplación amorosa de Dios presente en todo nos da el medio para convertir Sus dones en una escalera de amor. Como Dios está presente en todos Sus dones, es Él mismo quien me los ofrece con Sus manos. Además, al morar en mí, no solo como Creador y Conservador del ser, sino también como Trinidad, me hace templo de esa misma Trinidad.

Como contemplativo en acción, Ignacio nos invita a buscar al Señor en todas las cosas, alejando de nosotros mismos, en la medida de lo posible, el amor de todas las creaturas, para colocarlo en el Creador de ellas, amándolo en todas ellas y a ellas en Él<sup>27</sup>. La referencia al Espíritu Santo es muy

<sup>23</sup> IGNACIO DE LOYOLA, *Ejercicios espirituales*, 234.

<sup>24</sup> IGNACIO DE LOYOLA, *Ejercicios espirituales*, 234.

<sup>25</sup> G.C. FEDERICI, *Cammino ignaziano...*, 101.

<sup>26</sup> Cf. IGNACIO DE LOYOLA, *Ejercicios espirituales*, 235.

<sup>27</sup> T. GOFFI, *Esercizi spirituali*, in *Nuovo Dizionario di spiritualità*, Edizioni san Paolo, Milano 1985, 529.

explícita, seguramente Ignacio tuvo en cuenta el pasaje de san Pablo de 1Cor 3,16: «¿No sabéis que sois templo de Dios y que el Espíritu de Dios habita en vosotros?»

En el tercer punto, Ignacio considera que Dios no solo me da Sus dones de presencia, sino que también me los ofrece como el fruto de Su obra, porque Él trabaja y trabaja en todas Sus creaturas<sup>28</sup>. De hecho, la presencia divina es activa y pertenece a Alguien que crea, conserva, promueve, santifica y se manifiesta al máximo, en la persona de Cristo, que por mí ha trabajado y sufrido hasta la muerte. La conservación en el ser y en el actuar es una creación renovada constantemente; de hecho, Jesús afirma: «Mi Padre siempre trabaja y yo también trabajo» (Jn 5,17).

El opúsculo de los *Ejercicios espirituales* comienza presentando al hombre creado por Dios, que recibe todo de Él, y se cierra con la visión de Dios en todo, en el acto de darlo todo. Ignacio está convencido de que todo es un regalo de Dios y que ningún fruto puede madurar si Él no lo concede<sup>29</sup>.

Habitado por el Espíritu y dotado de dones particulares por parte de su Creador, el ser humano, por lo tanto, no puede dejar de manifestar su alegría de ser y sentirse salvado y muy amado, y no puede dejar de gustar el honor de reconocerse asociado en la tarea de la salvación y llamado a convertirse en un colaborador activo de la misma.

Finalmente, en el cuarto punto, Ignacio observa que Dios me otorga Sus dones como una participación en todo lo que Él es; de hecho, descienden desde arriba, «así como del sol descienden los rayos, de la fuente las aguas, etc.»<sup>30</sup>. Nuestro ser es un regalo suyo, y de esta manera Dios nos hace partícipes de Sus perfecciones e incluso de Su naturaleza divina, y nos hace conformes a la imagen de su Hijo Jesucristo (Rm 8,29), icono perfecto del Padre (Heb 1,3).

En la madurez espiritual, que es fruto de la acción divina, recibida en plenitud de docilidad y atención amorosa, el hombre siente la necesidad de encontrarse con su Señor, que está lleno de todo tipo de dones y que también se da a sí mismo como presencia y trabajando; podrá ver, en cada cosa y en cada evento, las huellas del Amor y llegará a darle gracias, dándole una alabanza continua.

En el deseo de estar “con” y “en” Dios, el ser humano siempre tendrá cada vez más ante sus ojos la Santísima Trinidad, percibiéndola en su cora-

<sup>28</sup> Cf. IGNACIO DE LOYOLA, *Ejercicios espirituales*, 236.

<sup>29</sup> T. GOFFI, *Esercizi spirituali...*, 531.

<sup>30</sup> IGNACIO DE LOYOLA, *Ejercicios espirituales*, 237.

zón, ya no de una manera meramente romántica, puesto que es finalmente consciente de que «el amor se debe poner más en las obras que en las palabras»<sup>31</sup>.

La visión que ofrece la contemplación para alcanzar amor es, por lo tanto, sintéticamente:

- global: tanto la creatura humana como su Creador se insertan en el marco de la creación y de la historia;
- dinámica: todo está en movimiento, todo proviene de Dios, es elaborado por Él y orientado hacia Él;
- teocéntrica: Dios es el Alfa y la Omega; en relación a Él todo adquiere sentido y sin Él nada tiene sentido;
- cristológica: el Dios Uno y Trino de la creación, la revelación y la redención, se manifestó plenamente en Jesucristo, obra del amor de Dios por nosotros;
- inmanente: Dios está en cada creatura en el nivel de la naturaleza y de la gracia. Las creaturas son mediaciones, mientras que Dios no solo es trascendente, más allá de las creaturas, sino que vive, actúa y se manifiesta en ellas, como una irradiación de sus perfecciones.

A través de esta contemplación, el discípulo se vuelve gradualmente capaz de recibir y reaccionar ante la creación y la historia, a su vez renovadas por la Pascua de Cristo, y «pueda en todo amar y servir a su divina majestad»<sup>32</sup>. El horizonte de la fe contemplativa es también el horizonte del amor que se orienta hacia Dios en las creaturas. Dios me ama a mí, una creatura finita, y hace que todas las creaturas sean un signo de Su amor descendente, llamándome a responder con un amor ascendente, que capta en las creaturas la presencia de Dios.

## Conclusión

Para concluir sintéticamente, por tanto, la consideración del principio y fundamento ignacianos arranca desde la convicción de que Dios ha pensado y deseado al hombre desde toda la eternidad, y que la creatura humana es llamada a acoger este amor y a comprometerse a hacer todo lo que pueda, siempre supuesta la gracia de Dios, para regresar a Él.

Las dos contemplaciones ignacianas basadas en el amor parten de la convicción de que, para alcanzar el fin de la vida, es necesario que el ser hu-

<sup>31</sup> IGNACIO DE LOYOLA, *Ejercicios espirituales*, 230.

<sup>32</sup> IGNACIO DE LOYOLA, *Ejercicios espirituales*, 233.

mano cultive la libertad evangélica, junto con su deseo de comprometerse en todo y siempre más y mejor. Sucesivamente, la creatura humana debe experimentar el sentido de la confusión ante el Dios de la misericordia, junto con la voluntad de conocer, amar e imitar a Jesús, junto con la determinación de buscar y acoger la voluntad del Padre al organizar su propia vida. Todo ello con el fin de alcanzar la necesidad de su corazón de amar y servir a Dios en todo y durante toda su vida.

El amor que hace que el hombre perciba la presencia de Dios en las creaturas, también puede ser llamado amor de gratitud e incluye:

- el amor precedente de Dios que siempre nos precede, ya que Él es el primero en amar, y nuestro amor humano solo puede ser una respuesta;
- el amor concreto y no basado solo en palabras y sentimientos fáciles, ya que Su amor por nosotros está demostrado a través de sus beneficios de naturaleza y gracia; y puesto que no poseemos cosas exclusivamente humanas, todo lo que somos y poseemos hemos recibido de Él, y estamos llamados libremente a devolvérselo.

El hombre la lleva a cabo la restitución de la vida y de sus realidades a Dios, dirigiendo continuamente sus oraciones y operaciones al Señor, de tal manera que toda su persona y existencia se convierte en culto agradable a Dios, en espíritu y verdad, de acuerdo con lo que escribe san Pablo en la Carta a los Romanos (12,1-2). La actitud que debe acompañar tal oferta, para que sea auténtica, viene dada por el compromiso espiritual e intencional-unitivo. Dios le da al hombre sus dones de presencia y, por lo tanto, también él debe intentar hacerse cada vez más presente al Señor, el Presente.

En definitiva, a través de la mediación de Cristo, también la restitución humana se alzaré agradable a Dios, y la contemplación para alcanzar amor dará sus frutos. El primero de los cuales seguramente es el de contemplar a un Dios que actúa, que da y que se da a sí mismo, un Dios dinámico, un Dios que ama y en cuyos labios percibimos, como dichas a cada uno de nosotros, las palabras del salmista: «Le daré una vida larga y fecunda, le concederé saborear mi salvación» (Sal 90,15-16).